

EL SUFRIMIENTO DEL EXILIO

Carta de los Obispos de Chile a los chilenos que están fuera del país, con ocasión de la Fiesta de Navidad

25 de diciembre de 1977

Hermanos:

Se acerca la Navidad. Muchos de Uds. sin duda evocan con nostalgia días felices, vividos en la Patria, en medio de su familia y de sus seres queridos. Los recuerdos de la infancia acuden a la memoria. Y reviven las vivencias religiosas de antaño, unidas al misterio de Dios hecho hombre, de Dios hecho niño, de Dios hecho pobre, para compartir el dolor de todos los humildes, de todos los sufrientes de la tierra. Para liberarlos. Para hacerlos felices. Nosotros también, los Obispos de Chile y con nosotros todo el pueblo católico de nuestra Patria, al cual pertenecen muchos de sus familiares y amigos, los recordamos con cariño, les deseamos lo mejor y esperamos su regreso.

Diversas son las causas que a lo largo de muchos años los llevaron fuera de la Patria. Unos partieron buscando trabajo o una mejor situación económica. Otros se fueron porque no querían seguir viviendo bajo el régimen político vigente en el momento de su partida. Otros tuvieron que ir al destierro para no caer o permanecer en la cárcel por causas políticas.

Diversa es también la situación en que se encuentran. Algunos de Uds. han tenido éxito y están bien. Otros apenas viven. Casi todos añoran la Patria y muchos desean volver a ella: extrañan el idioma, las costumbres, el clima; no se acostumbran. Algunos tienen problemas familiares: sus hijos no comprenden por qué deben vivir entre extraños, y no lo aceptan; otros se adaptan demasiado rápido y se rompe la unidad de la familia. La mayoría de Uds. sufre, tal vez no físicamente, pero sí moralmente.

Al poco tiempo después de la Navidad, la familia de Jesús conoció también el sufrimiento del exilio. La huida a Egipto de José, María y el niño se asemejó bastante al destierro de muchos de Uds. y se acompañó de las mismas angustias, desgarramientos y privaciones que Uds. han conocido.

Queremos decirles que **estamos con Uds.** Porque nos sentimos padres del pueblo chileno —al menos de los que creen—, y hermanos de todos, **deseamos su regreso y los esperamos**, como los esperan sus padres, sus madres y sus hermanos, sus esposas y sus hijos, sus amigos.

Agradecemos a los que, prescindiendo de su actitud religiosa o de su pertenencia política, los han acogido en tierra extranjera como hermanos. Estamos especialmente agradecidos a nuestros hermanos **Obispos** y a las **organizaciones católicas** que les han ayudado y los siguen ayudando en diversos países del mundo, recordando la palabra del Señor: "Fui extranjero y me recogisteis" (Mt 25,35). Ellos han sabido ver en cada uno de Uds. a Cristo desterrado y han tratado de hacer por Uds. lo que hubieran hecho por El.

Nuestro agradecimiento se extiende también a las **Iglesias hermanas** que han hecho y siguen haciendo mucho en forma muy fraternal.

No dudamos que Uds., como buenos chilenos, corresponderán a la hospitalidad que están recibiendo de tantos países, con su lealtad a su nueva patria —sea provisoria o definitiva— con su trabajo esforzado y con su riqueza humana.

El alejamiento de la patria, voluntario o forzado, y cualquiera que sea su causa, es una prueba. Pero es también una **oportunidad**. Deseamos que Uds. sepan aprovecharla.

El exilio nos **desprende**, muchas veces dolorosamente, de lo que tenemos y de lo que amamos, y al hacerlo, nos recuerda que no tenemos aquí patria ni hogar definitivo, que somos todos peregrinos en marcha hacia el reino en el cual "Dios estará con nosotros", "enjugará las lágrimas de nuestros ojos" y donde "no habrá ya muerte ni luto, ni llanto ni dolor, porque lo de antes habra pasado". (Apocalipsis 21, 3-4).

El estar fuera de nuestro ambiente habitual nos da también la **oportunidad** de recordar el pasado, de evaluarlo, y de reconocer y corregir errores que podamos haber cometido.

El exilio nos permite por fin conocer otros hombres, otras ideas, otras experiencias, adquirir nuevos conocimientos, desarrollar nuevas aptitudes. Queremos verlos regresar a la patria, sin odios ni rencores, con ánimo constructivo y solidario, a trabajar juntos con los que aquí estamos, por el bien de Chile y por la reconciliación y la paz entre todos los chilenos, enriqueciendo nuestra vida nacional con el aporte fecundo de sus experiencias y de sus sufrimientos.

Deseamos que Chile pueda **acogerlos, ofrecerles** trabajo y los medios de una subsistencia digna, e invitarlos a colaborar en el quehacer común.

En la noche de Navidad cantaban los ángeles:

"Gloria a Dios en el cielo

y en la tierra,

paz a los hombres de buena voluntad",

(Lucas 2,14),

paz a "los que El ama tanto", traducen otros.

Quisiéramos que Uds. comprendieran que los dos términos de esta frase son interdependientes. La "gloria de Dios" y la "paz del hombre" se dan la mano. A El le pedimos que, en lo íntimo del corazón, les revele su gloria y los inunde de paz.

Los Obispos de Chile